

Medio	El Mostrador
Fecha	21-5-2015
Mención	No queremos realidades, queremos una promesa II. Columna de Mauricio Rojas, académico de antropología UAH.

## COLUMNAS

21 de mayo de 2015

# *No queremos realidades, queremos una promesa II*



**MAURICIO ROJAS ALCAYAGA**

Antropólogo Universidad Alberto Hurtado



ENVIAR



RECTIFICAR



IMPRIMIR

El día de la última elección presidencial escribí una columna en este medio, cuyo título era casi exactamente como el que encabeza esta nueva versión, y la razón no necesariamente se debe a mi falta de creatividad, sino porque parece que los actuales acontecimientos ameritan más que nunca el *remake*. En aquella ocasión interpelaba a la clase política a no seguir hablándonos de lo que la realidad permite, y que aspiráramos a transformaciones “en la medida de lo posible”, a lo que nos indica el realismo político, que generalmente se refugia en la aseveración “dejemos que las instituciones funcionen”.

Twittear

Este tipo de política a que nos acostumbró el “duopolio”, como lo denominó un ex candidato presidencial, privilegió los acuerdos y consensos realistas, en desmedro –si es que no en enemigo– de los sueños y utopías sociales. Esa eficiencia para administrar el juego del poder y gobernar, terminó siendo un búmeran para la propia política porque desafectó a la mayoría de la población justamente de los asuntos políticos, es decir, de aquello que nos involucra a todos como ciudadanos. La política terminó siendo un tema de los “políticos”, no de la gente, que siente que igual tiene que trabajar, no interiorizando que su propio trabajo y su justa remuneración depende de una buena política.

***¿No habrá políticos que a pesar de las turbulencias pongan lo mejor de sí para invitarnos a soñar con un Chile mejor? Y no me refiero a lo mejor para los negocios, que es a lo que aspiran los amos del statu quo, sino para las grandes mayorías que padecen las pensiones miserables o la imposibilidad de pagar una educación de calidad para sus hijos (porque así lo establece el sistema) o sufren un sistema de salud privado que es incapaz de proteger a sus afiliados de enfermedades graves sin dejarlos en la quiebra o que discrimina a sus adultos mayores.***

Pero lo que en el fondo evidencia esa opinión tan cristalizada, es que la política no tiene nada que ver con la vida diaria, sino que es algo lejano que involucra a la elite político-empresarial, en donde son todos amigos y la diversidad de colores se diluye en las fiestas familiares o en las actividades del colegio de sus hijos. ¿Pero esta impresión tan consolidada es responsabilidad de la gente? Claramente no, las realidades que se construyen inevitablemente construyen, a su vez, otras realidades (aunque en estricto rigor ambos son imaginarios, siguiendo a Castoriadis) que actúan dialécticamente, como procesos que fluyen en encuentros y desencuentros. Tanto así, que la dosis de realismo político que invocan “los políticos del orden”, terminó socavando su propia legitimidad, ya que la política es para hacer negocios y no para cambiar la agobiada “realidad” de la mayoría de los chilenos. Por eso sorprende (pero se comprende) que los sectores conservadores hasta el día de hoy, y después del ansiado cambio de gabinete, nuevamente convoquen desesperadamente al gobierno a volver al “realismo”, abandonar la idea trasnochada de provocar cambios profundos en la sociedad, porque el país está bien, a pesar de la situación escandalosa que rodea a la política, de la cual son sus principales arquitectos.

Por eso la petición quimérica propalada de esta tribuna hace casi un año y medio, cobra más fuerza que nunca. ¿No habrá políticos que a pesar de las turbulencias pongan lo mejor de sí para invitarnos a soñar con un Chile mejor? Y no me refiero a lo mejor para los negocios, que es a lo que aspiran los amos del statu quo, sino para las grandes mayorías que padecen las pensiones miserables o la imposibilidad de pagar una educación de calidad para sus hijos (porque así lo establece el sistema) o sufren un sistema de salud privado que es incapaz de proteger a sus afiliados de enfermedades graves sin dejarlos en la quiebra o que discrimina a sus adultos mayores. Una sociedad que todavía define la vida de

las personas según el lugar donde han nacido, y habla del emprendimiento cuando los jóvenes populares tienen escasas posibilidades de encontrar trabajos con sueldos dignos, o que glorifica la iniciativa privada cuando esta es capaz de cobrar por estacionarnos cuando vamos a una urgencia médica.

Podría llenar páginas completas con las injusticias evidentes de esta sociedad de las “realidades”. ¿A esto se refieren cuando nos convocan al realismo? ¿Realismo es seguir aceptando estas situaciones vergonzosas? ¿Realismo es agachar la cabeza y decir “sí, patrón”? Si esa es la realidad (que claramente lo es), propongo que no aceptemos “realidades” ni a sus mensajeros financiados quizás por quién.

Por el contrario, me atrevo a sugerir que convoquemos a los políticos a liderar nuevos sueños, nuevas utopías, y no aludo a quimeras irrealizables. Así como algunos se ensueñan en la acumulación de riqueza y poder, tengo la certeza de que la mayoría de los chilenos tiene sueños cotidianos totalmente realizables, una sociedad más justa e igualitaria, en donde su familia, hijos y vecinos puedan vivir con esperanza y que la “República” que tanto invocan los patrioterros, cumpla su palabra y el futuro de cada uno de sus ciudadanos dependa de sus propias capacidades y méritos, y cuyos réditos se compartan colectivamente por un país más justo e inclusivo. ¿Será una ingenuidad este planteamiento? Quizás, pero estoy seguro que es la ingenuidad que la mayoría de los chilenos quiere recuperar: pensar que nuestros políticos están para construir un proyecto para otros, no para sí mismos. Eso que parece lejano de la realidad en estos días, no impide soñar que sea posible, y que los líderes valiosos de nuestro país no se entreguen al realismo, sino que aviven a los ciudadanos para seguir creyendo que soñar es mejor que masticar la triste realidad, y así abandonar la rabia y decepción paralizantes, pensando que una simple promesa sería un buen motivo para creer y luchar por un futuro mejor no sólo para los míos, sino para todos.

